

# Historia de la desinformación: del sensacionalismo de masas a la posverdad algorítmica

*The history of disinformation: from mass sensationalism to algorithmic post-truth*

Alejandro Ferrández-Mas  
Universidade de Santiago de Compostela

Iván Puentes Rivera  
Universidade de Vigo

## Referencia de este artículo

Ferrández-Mas, Alejandro y Puentes Rivera, Iván (2025). Historia de la desinformación: del sensacionalismo de masas a la posverdad algorítmica. *adComunica. Revista Científica de Estrategias, Tendencias e Innovación en Comunicación*, n° 30. Castellón de la Plana: Departamento de Ciencias de la Comunicación de la Universitat Jaume I, 25-42. DOI: <http://dx.doi.org/10.6035/adcomunica.9018>.

## Palabras clave

Desinformación; medios de comunicación; propaganda; plataformas digitales; algoritmos de recomendación; posverdad.

## Keywords

Disinformation; Media; Propaganda; Digital Platforms; Recommendation Algorithms; Post-Truth.

## Resumen

La desinformación no es un fenómeno exclusivo de la actualidad. Desde el surgimiento de los medios de comunicación de masas en el siglo XIX hasta la consolidación de las plataformas digitales, la creación deliberada de relatos falsos, distorsionados o incompletos ha acompañado cada transformación tecnológica. Este estudio realiza un recorrido histórico por las técnicas y dinámicas de la desinformación, considerando las condiciones materiales, políticas y comunicativas que han facilitado su expansión en distintos contextos. Partiendo de una revisión bibliográfica y documental de carácter exploratorio, se analiza la evolución de las diferentes formas de desinformación desde la propaganda clásica en los primeros medios de comunicación de masas hasta llegar a los actuales entornos digitales marcados por la lógica de la viralización, la economía de la atención y la opacidad algorítmica. Desde una perspectiva cualitativa, se articula un análisis comparado basado en una revisión sistematizada de la literatura que permite establecer una cronología en las formas, objetivos y efectos de la desinformación a lo largo del tiempo. Los resultados obtenidos permiten superar explicaciones reduccionistas centradas únicamente en las redes sociales, y ofrecen una comprensión histórica más amplia del fenómeno. Asimismo, proporcionan fundamentos sólidos para impulsar propuestas de alfabetización mediática e intervención pública más profundas. En conclusión, la desinformación no debe entenderse solo como un problema de contenidos falsos, sino como un componente funcional de los sistemas mediáticos modernos, reflejo de las tensiones estructurales entre poder, tecnología y conocimiento.

## Abstract

Disinformation is not a phenomenon exclusive to the present day. From the emergence of mass media in the 19th century to the consolidation of digital platforms, the deliberate creation of false, distorted, or incomplete narratives has accompanied every technological transformation. This study provides a historical examination of the techniques and dynamics of disinformation, considering the material, political, and communicative conditions that have facilitated its spread in various contexts. Based on an exploratory bibliographic and documentary review, it analyzes the evolution of different forms of disinformation, from classic propaganda in the early mass media to today's digital environments marked by the logic of virtualization, the attention economy, and algorithmic opacity. From a qualitative perspective, a comparative analysis is presented based on a systematic review of the literature, which enables the establishment of a chronology of the forms, objectives, and effects of disinformation over time. The results obtained make it possible to overcome reductionist explanations focused solely on social media and offer a broader historical understanding of the phenomenon. They also provide a solid foundation for promoting more in-depth media literacy and public interven-

tion proposals. In conclusion, disinformation should not be understood solely as a problem of false content, but as a functional component of modern media systems, reflecting the structural tensions between power, technology, and knowledge.

### **Autores**

Alejandro Ferrández-Mas [alejandroferrandez97@gmail.com] es Máster en Marketing, Consultoría y Comunicación Política por la Universidad de Santiago de Compostela y graduado en Publicidad y RR.PP. por la Universidad de Alicante, obteniendo matrícula de honor en los trabajos de final de máster y grado. En la actualidad cursa un Doctorado en el Programa de Marketing Político, Actores e Instituciones en las Sociedades Contemporáneas de la USC

Iván Puentes Rivera [ivanpuentes@uvigo.gal] es Doctor en Comunicación, Máster en Investigación en Comunicación y Licenciado en Publicidad y Relaciones Públicas, es Profesor Permanente Laboral de la Universidad de Vigo, en la que imparte diversas materias relacionadas con las Relaciones Públicas y la comunicación política e institucional, ámbitos, junto con la desinformación y los debates electorales, en los que centra principalmente su trayectoria investigadora.

## 1. Introducción

La desinformación no es un fenómeno exclusivo de la actualidad. Desde el surgimiento de los medios de comunicación de masas en el siglo XIX hasta la consolidación de las plataformas digitales globales, la creación deliberada de relatos falsos, distorsionados o incompletos ha acompañado cada transformación tecnológica de los ecosistemas mediáticos. Aunque la expansión de internet y el auge de las redes sociales han intensificado su presencia en los últimos años, sus raíces son profundas y remiten a dinámicas estructurales.

El presente estudio propone un recorrido histórico por las principales técnicas y dinámicas de la desinformación atendiendo a las condiciones materiales, políticas y comunicativas que han favorecido su desarrollo en diferentes momentos históricos. A partir de una revisión bibliográfica y documental de carácter exploratorio, se analiza la evolución de las distintas formas de desinformación, desde la propaganda en la prensa y la radio del siglo XX hasta los actuales entornos digitales atravesados por la lógica de la viralización, la economía de la atención y la opacidad algorítmica.

Desde una perspectiva cualitativa, se desarrolla un análisis comparado sustentado en una revisión sistematizada de la literatura especializada, lo que permite establecer una cronología crítica del fenómeno y superar explicaciones reduccionistas centradas exclusivamente en el papel de las redes sociales. Este análisis longitudinal contribuye a una comprensión más compleja de la desinformación como un fenómeno histórico, estructural y multicausal.

Los resultados obtenidos ofrecen fundamentos sólidos para el diseño de propuestas de alfabetización mediática e intervención pública con mayor profundidad, orientadas a afrontar el problema más allá del enfoque centrado únicamente en la veracidad de los contenidos. En definitiva, se plantea que la desinformación debe entenderse como un componente estructural en los sistemas mediáticos contemporáneos.

## 2. Metodología

Con el objetivo de llevar a cabo un análisis de la bibliografía existente en el ámbito de la desinformación desde el surgimiento de los medios de comunicación masivos hasta la actualidad, se determina en este análisis un alcance descriptivo, no experimental y basado en una revisión crítica de la bibliografía (Arnau-Sabatés y Sara-Roca, 2020). En cuanto al diseño metodológico, para su elaboración se han seguido las pautas establecidas por Barredo-Ibáñez, De-la-Garza-Montemayor, Torres-Toukourmidis y López-López (2021), las cuales fueron promulgadas tanto por Codina (2018) como por Xiao y Watson (2019).

El objetivo de la investigación reside en la realización de una revisión sistematizada de la bibliografía alrededor de los conceptos citados anteriormente, detectando nuevas oportunidades de estudio en el área de investigación y llevando a cabo una identificación de posibles tendencias y corrientes (Codina, 2018). En concreto, la investigación se orienta específicamente a tres objetivos: delimitar conceptualmente el fenómeno de la desinformación, identificar sus principales ejes cronológicos y teóricos, y detectar tendencias emergentes y vacíos que permitan abrir nuevas líneas de estudio en este campo. Por otra parte, la cronología de la labor realizada durante la investigación se describe a continuación: En primer lugar, se establecieron como criterios de inclusión y estructuración las obras que procedieran de cualquier ámbito relacionado con el estudio de las dimensiones históricas y teóricas de la desinformación, estableciendo un nuevo modelo de conocimiento sobre esta disciplina y delimitando lo relativo a su conceptualización. En segundo lugar, con la intención de identificar el universo de análisis se realizó una búsqueda entre el 7 y el 21 de mayo de 2025 a través de una serie de palabras clave (Arnau-Sabatés y Sara-Roca, 2020), tanto en castellano como en inglés: «desinformación», «medios de comunicación», «propaganda», «plataformas digitales», «algoritmos de recomendación» y «posverdad».

En cuanto a la selección de los artículos utilizados, la primera de ellas se hizo en base a la aparición total o parcial de estas palabras clave tanto en el título como en el resumen de la obra, añadiendo un criterio de relevancia en función del índice de citación sin ser discriminante hacia las obras publicadas en los dos últimos años. La localización del universo se llevó a cabo a través de Google Scholar, un motor de búsqueda que, tal y como indican Xiao y Watson (2019), es empleado en múltiples disciplinas por una gran variedad de investigadores. Por otra parte, el periodo temporal seleccionado fue entre 2013 y 2025. En un primer momento, el total de obras encontradas ascendió a 115 documentos. Una vez fueron repasados los títulos y los resúmenes de los mismos, se realizó un debate sobre su relevancia mediante un grupo nominal (Guillén-Zanón, 1990) en dos fases: la primera tuvo como objetivo discernir qué documentos se excluían de manera consensuada y la segunda se ceñía a discutir sobre las discrepancias. En una parte de los documentos seleccionados en primera instancia se localizaron estudios que analizaban el objeto de estudio de forma parcial, por lo cual se declinó que fueran incluidos. Un total de 54 obras fueron tomadas como referenciales para analizar la relación entre los distintos aspectos analizados y, una vez descargados y consultados en su totalidad estos documentos, 30 de ellas fueron descartadas por no alcanzar los estándares de relevancia o prestigio de las fuentes de citación o no fue posible obtener los textos completos. Una vez finalizado este proceso, se recogieron un total de 24 documentos que fueron organizados en función de cada uno de los periodos y ejes definitorios de la historia de la desinformación y su caracterización (Barredo-Ibáñez, De-la-Garza-Montemayor, Torres-Toukoumidis y López-López, 2021).

Finalmente, el proceso de elaboración del documento final comenzó con un primer borrador construido a partir del análisis de la bibliografía general. A continuación, cada autor se encargó de revisar en profundidad un grupo determinado de textos y de desarrollar una síntesis crítica de los mismos. En base a estas aportaciones individuales, el autor principal organizó y articuló el contenido identificando coincidencias y elementos compartidos entre los documentos. Posteriormente, el texto fue sometido a al menos dos rondas de revisión conjunta por parte de todos los autores con el objetivo de alcanzar una formulación argumentativa compartida.

Por otra parte, cabe señalar igualmente algunas limitaciones metodológicas asociadas a esta revisión sistematizada (Sancho, 1990). Entre las principales, se encuentran la sobreabundancia de información, posibles imprecisiones derivadas de los procedimientos de búsqueda (a pesar del empleo de estrategias de verificación como las búsquedas duplicadas), el sesgo propio de las fuentes utilizadas y de las bases de datos consultadas, así como las dificultades de acceso ligadas a la disponibilidad de ciertos materiales. También resulta problemático asumir el impacto o la citación como único indicador de valor científico, ya que la ausencia de estos no implica necesariamente una falta de relevancia. A ello se suman otros sesgos potenciales que pueden haber condicionado las decisiones durante la selección y el análisis de los documentos.

Finalmente, una vez concluido el proceso metodológico descrito, los capítulos que siguen a continuación recogen los principales resultados derivados de la revisión sistematizada de la bibliografía. A lo largo de dichos apartados, se exponen de forma estructurada los enfoques conceptuales, las etapas cronológicas y las transformaciones históricas que ha experimentado el fenómeno de la desinformación tal y como se desprende del análisis de las fuentes seleccionadas. Por otra parte, estos resultados no deben entenderse como un mero marco teórico previo, sino como una reconstrucción crítica fruto del proceso metodológico que permite identificar patrones y líneas de evolución en el estudio académico de la desinformación.

### **3. Definición y clasificación de la desinformación**

A lo largo de la historia de los medios de comunicación, las estrategias asociadas a la desinformación han sido utilizadas en diversos contextos, especialmente en momentos en los que adquirirían un valor estratégico específico, como ocurrió durante los periodos bélicos y de entreguerras del siglo XX. Aunque estas prácticas ya estaban presentes desde la aparición de los medios de masas, su proliferación se intensifica con la expansión de internet y la progresiva crisis estructural del periodismo, facilitando el auge de dinámicas pseudoinformativas que contribuyen a la expansión del fenómeno (Vázquez-Herrero et al., 2019).

En el ámbito académico, el término “desinformación” ha alcanzado un elevado grado de consenso como categoría analítica para referirse a esta problemática.

Las distintas definiciones coinciden en considerar que se trata de un proceso que erosiona la credibilidad de gran parte de los contenidos informativos consumidos a diario, lo cual deriva en una creciente desconfianza hacia los medios y las instituciones (Guallar et al., 2020).

Entre las definiciones más extendidas, destaca la propuesta de Del Fresno García (2019), quien caracteriza la desinformación como un conjunto de prácticas orientadas a la producción y circulación intencionada de contenidos falsos, inexactos o engañosos, con el objetivo de modificar la percepción de la realidad por parte de determinados grupos sociales. El autor establece además una clasificación de estos contenidos según su grado de veracidad y distorsión, subrayando en todos los casos el componente intencional como rasgo distintivo.

Si bien la desinformación no es un fenómeno reciente, el alcance que ha adquirido en los últimos años es significativamente mayor. La generalización del uso de redes sociales como vía de acceso preferente a la información, junto con el desarrollo del big data, ha intensificado su impacto y complejizado su análisis (Guallar, 2018). Lejos de vislumbrarse una disminución de su presencia, diversos estudios apuntan a su probable intensificación en el futuro inmediato (Panetta, 2017).

El análisis de las causas que explican esta evolución pone de manifiesto su naturaleza multidimensional, tal como indican diversas investigaciones relevantes en el campo (Aparici, García-Marín y Rincón-Manzano, 2019; Wardle, 2017). En este marco, pueden identificarse dos grandes factores: por un lado, la transformación tecnológica vinculada al tratamiento masivo de datos y su integración en las plataformas digitales; por otro, la influencia de variables psicológicas como los sesgos de confirmación o los procesos de disonancia cognitiva (García-Marín, 2020), que facilitan la aceptación acrítica de mensajes alineados con creencias previas, con independencia de su grado de veracidad (Guallar et al., 2020).

#### **4. La desinformación en la propaganda clásica y los medios de comunicación masivos**

Durante las últimas décadas del siglo XIX y los primeros años del siglo XX, el acceso a la profesión periodística carecía de las barreras formativas y profesionales propias de otras ocupaciones consolidadas. En aquel contexto, el oficio de periodista podía asumirse sin una preparación específica, lo cual contribuyó a que el periodismo naciera sin un marco profesional definido, situación que, con matices, se mantuvo durante buena parte del siglo XX (Mayoral, Parratt, y Morata, 2019).

Desde una perspectiva histórica, resulta complejo sostener que el periodismo perdiera credibilidad, dado que nunca llegó a consolidarla de forma plena. La profesionalización de la práctica periodística no se alcanza hasta bien entrado el siglo XX, y lo hace de forma frágil, conviviendo con tendencias como el sensa-

cionalismo o el periodismo ideológico. En el caso español, autores como Rafael Mainar ya reclamaban, en las primeras décadas del siglo XX, un nuevo modelo de periodismo basado en criterios informativos. Sin embargo, la evolución fue lenta e intermitente, y se vio interrumpida de forma abrupta durante la guerra civil, lo que detuvo el desarrollo profesional del sector durante varias décadas (Pérez, 2013).

En otros contextos, como el estadounidense, el proceso de consolidación profesional fue más temprano, aunque también limitado en el tiempo. A mediados del siglo XX, y particularmente a partir de la década de 1970, se detectan signos claros de agotamiento del modelo informativo dominante, tanto en prensa escrita como en televisión. Paralelamente, se intensifica una corriente que ya había emergido en los años treinta, orientada a priorizar la interpretación sobre la objetividad. Esta tendencia se agudiza con el desarrollo del Nuevo Periodismo en los años sesenta, que propone formas narrativas más subjetivas y expresivas, pero también genera nuevas dudas sobre la veracidad de los contenidos y la función social del periodismo como transmisor fiable de información (Mayoral, Parratt, y Morata, 2019).

A partir de la década de 1970, el periodismo comercial adquiere una centralidad creciente en los modelos de producción informativa, consolidando una lógica orientada a la captación de audiencias. En este contexto, la función cívica del periodismo se ve desplazada por criterios de rentabilidad, y la información comienza a tratarse como un bien de consumo antes que como un instrumento de servicio público. Las decisiones editoriales ya no priorizan el interés general, sino el impacto mediático y la capacidad de los contenidos para generar beneficios económicos. Este cambio progresivo transforma la naturaleza misma de las noticias, que dejan de responder a valores profesionales como la veracidad o la relevancia social, y pasan a ajustarse a dinámicas de mercado que privilegian el entretenimiento, la espectacularización y la fidelización de públicos (Mayoral et al., 2019).

La confluencia entre una mayor subjetivación del relato y el incremento de los intereses comerciales en la producción informativa contribuye de manera decisiva a la pérdida de credibilidad del periodismo. A medida que el público percibe que los contenidos informativos responden a intereses ajenos a la función social del periodismo (como los del mercado o los de determinados actores con poder informativo), se reduce la confianza en los medios. Esta desconfianza se acentúa cuando la audiencia deja de ver en la noticia una descripción objetiva de los hechos, desvinculada de la intencionalidad persuasiva o mercantil de periodistas, medios o fuentes (Mayoral et al., 2019).

Los datos empíricos confirman esta tendencia. En Estados Unidos, según un estudio de Gallup, la confianza en los medios descendió del 72 % en 1976 al 32 % en 2016. En el caso español, un informe elaborado por la Asociación de la Prensa de Madrid en 1998 indicaba que la radio mantenía un nivel de confianza del 70 %, mientras que la televisión y la prensa escrita no superaban el 60 %. Sin embargo, en 2015,

el Instituto Reuters detectó un descenso notable en esta percepción: solo un 34 % de los españoles afirmaba confiar en la mayoría de las noticias que recibía. Un año más tarde, en 2016, un 53 % opinaba que los medios españoles no trabajaban con independencia (Mayoral et al., 2019).

## 5. Transición digital y redes sociales

A pesar de que la circulación de informaciones falsas no constituye una novedad en términos históricos, el desarrollo y expansión de las redes sociales ha transformado radicalmente su alcance y operatividad. Si bien la propagación de contenidos falsos o manipulados ha acompañado a nuestra sociedad a lo largo de su historia, es en el marco de la transformación digital donde este fenómeno adquiere una fuerza inédita (Tusa y Durán, 2019).

La omnipresencia de internet en nuestra cotidianidad y la naturaleza participativa de las redes sociales permiten que los usuarios ya no sean meros receptores de información, sino también agentes activos en su generación y distribución. Este rol dual, que convierte a los ciudadanos en «prosumidores», acelera la difusión de contenidos y, al mismo, también de la desinformación. Las condiciones técnicas de gratuidad, inmediatez y desintermediación propician un entorno informativo proclive a la multiplicación de bulos, cuya circulación apenas encuentra barreras entre los mecanismos de control de las redes sociales (Tusa y Durán, 2019).

En este contexto, la desinformación ha adquirido un protagonismo creciente en la agenda pública y política, hasta el punto de influir en procesos electorales e incidir en la estabilidad institucional (De Castro Ruano, 2018). El espacio digital se caracteriza por la centralidad del individuo como emisor, lo que moldea tanto el formato como los contenidos del discurso político y favorece estrategias de comunicación polarizantes, en muchos casos desligadas de criterios de veracidad (Pérez-Curiel y García-Gordillo, 2018).

Por otra parte, la instrumentalización de las redes sociales en el ámbito electoral representa uno de los escenarios más visibles de esta transformación. El uso de contenidos falsos para erosionar la imagen de los adversarios o incidir en la percepción pública se ve favorecido por la lógica de viralización de estas plataformas, donde la velocidad y el impacto visual predominan sobre la comprobación de los hechos transmitidos (Clavero, 2018; Tusa y Durán, 2019).

Este entramado digital, marcado por la sobreabundancia de información y la escasez de filtros, genera un ecosistema digital donde la distinción entre lo verdadero y lo falso se diluye con facilidad. La ausencia de mecanismos de regulación efectivos, sumada al anonimato y la opacidad de los emisores, contribuye a una pérdida generalizada de credibilidad y dificulta el ejercicio de una ciudadanía

realmente informada (Gómez Arriagada, 2013; Parra Valero y Oliveira, 2018; Pauner-Chulvi, 2018).

La deslocalización de las fuentes, la progresiva autonomía de los contenidos respecto a los principios de veracidad y la facilidad de replicación de los mensajes favorecen un descenso de la capacidad crítica para detectar las manipulaciones. Ante esta situación, la alfabetización mediática se presenta como una herramienta fundamental, en tanto que no se limita a la adquisición de competencias digitales, sino que incorpora una dimensión reflexiva sobre la naturaleza de los mensajes y su función social (Loterio-Echeverri et al., 2018; Rey et al., 2017).

En los últimos años, el diagnóstico empírico ha reforzado la urgencia de este enfoque. Una encuesta de 2018 ya advertía que un porcentaje significativo de la población europea se encontraba con noticias falsas de forma habitual, especialmente en contextos de campaña electoral. De ahí que diversas iniciativas hayan empezado a promover estrategias de verificación y denuncia para reforzar las capacidades ciudadanas frente a la desinformación (Tusa y Durán, 2019).

En definitiva, la falsedad informativa no sólo opera como distorsionador de la realidad (Lobo, 2017), sino también como síntoma de una crisis más amplia en los mecanismos tradicionales de legitimación de la información y de las élites políticas (McNair, 2018). En este marco, la desinformación se inscribe en una lógica de confrontación que, lejos de ser inocua, busca condicionar la formación de la opinión pública a través de mecanismos de captación emocional y estrategias de impacto comunicativo (Pérez-Tornero, Tallyie y Tejedor, 2018) y es en las redes sociales debido a las características que han sido descritas donde este fenómeno encuentra la vía perfecta para su difusión y viralización (Tusa y Durán, 2019).

## **6. La desinformación algorítmica como fenómeno estructural**

En el contexto de la sociedad digital, la circulación de contenidos informativos ya no está determinada únicamente por criterios periodísticos tradicionales, sino que se encuentra profundamente condicionada por lógicas algorítmicas. Estas lógicas no son neutrales: determinan qué se ve, cuándo se ve y a quién le llega, transformando así los flujos de información pública. El nuevo entorno comunicativo digital se caracteriza por una sobresaturación de información y por la desintermediación de los contenidos, lo que disuelve las barreras tradicionales del periodismo profesional y favorece la circulación de informaciones no verificadas, principalmente orientadas a captar la atención (Rodríguez-Ferrándiz, 2019).

En este marco, la desinformación deja de operar como un fenómeno marginal para convertirse en una característica estructural del ecosistema digital. La proliferación de noticias falsas y discursos manipuladores se ve favorecida por el hecho de que la información circula a través de canales no sometidos a regulación

periodística, lo cual diluye la noción de responsabilidad en los emisores y reduce las posibilidades de control o fiscalización (Rodríguez-Ferrándiz, 2019). Este proceso se ve reforzado por la lógica de personalización algorítmica, que genera burbujas de filtro y cámaras de eco que limitan el acceso a perspectivas diversas y consolidan visiones afines a las creencias previas de los usuarios.

Además, la evolución de la inteligencia artificial ha incorporado nuevas formas de manipulación informativa mediante la generación automatizada de imágenes, vídeos y discursos. Los «deepfakes», por ejemplo, permiten crear materiales falsificados con un alto grado de verosimilitud, ampliando el espectro de las manipulaciones posibles y dificultando la verificación de los contenidos (Cover, 2022). Esta capacidad técnica incrementa el riesgo de simulaciones indetectables y acentúa el potencial desinformativo en contextos de polarización política o crisis social (Ballesteros Aguayo, L. y Ruiz del Olmo, 2024).

Lejos de actuar como canales neutrales, las plataformas digitales se configuran como agentes activos que amplifican los contenidos más sensacionalistas o polarizadores. Su arquitectura algorítmica prioriza la rentabilidad y el «engagement» por encima de la veracidad, generando una competencia desigual entre la información rigurosa y la mentira estridente (Ballesteros et al., 2024). Esta lógica convierte a la desinformación en un fenómeno rentable, viral y difícilmente controlable desde los mecanismos institucionales tradicionales.

En definitiva, la desinformación algorítmica no puede entenderse como una disfunción puntual del sistema comunicativo, sino como una manifestación estructural derivada del propio diseño y funcionamiento de los entornos digitales. A través de lógicas de personalización, segmentación y viralización, los algoritmos reconfiguran los marcos de acceso a la información, reducen la diversidad informativa y debilitan los mecanismos tradicionales de contraste y fiscalización. Este nuevo escenario, intensificado por la irrupción de tecnologías como la inteligencia artificial y por la creciente centralidad de plataformas que priorizan la rentabilidad sobre la veracidad, plantea retos profundos a la calidad democrática, a la integridad del debate público y al papel del periodismo como garante de información rigurosa. Comprender la naturaleza estructural de este fenómeno resulta, por tanto, imprescindible para abordar de manera crítica sus implicaciones y explorar vías de intervención desde la educación, la regulación y la ética tecnológica (Ballesteros et al., 2024, Rodríguez-Ferrándiz, 2019).

## **7. Contramedidas y alfabetización digital frente a la desinformación**

La amplitud estructural del fenómeno de la desinformación exige contramedidas integrales que trasciendan la simple verificación puntual de contenidos. Diversos estudios coinciden en que se requiere una aproximación sistémica, donde converjan educación mediática, responsabilidad institucional y compromiso ciudadano.

Por un lado, se subraya la necesidad de reforzar los mecanismos regulatorios y éticos en el ecosistema digital; por otro, la importancia de formar usuarios críticos capaces de resistir narrativas engañosas. En este sentido, la desinformación no debe abordarse únicamente como un problema de noticias falsas aisladas, sino como un reto multidimensional que afecta a la calidad democrática y demanda respuestas coordinadas desde la educación, la regulación y la propia arquitectura de las plataformas (Ballesteros et al., 2024; Rodríguez-Ferrándiz, 2019).

En el plano institucional, diversos autores alertan de que la ausencia de mecanismos de regulación efectivos, sumada al anonimato y la opacidad de los emisores en línea, viene contribuyendo a una pérdida generalizada de credibilidad y dificulta el ejercicio de una ciudadanía informada (Gómez Arriagada, 2013; Parra Valero y Oliveira, 2018; Pauner-Chulvi, 2018). La circulación de información a través de canales digitales no sujetos a control periodístico tradicional ha diluido la noción de responsabilidad en quienes difunden contenidos y reducido las posibilidades de fiscalización externa (Rodríguez-Ferrándiz, 2019). Como respuesta, organismos públicos y supranacionales han empezado a articular políticas específicas contra la desinformación. A nivel europeo, por ejemplo, se han desarrollado estrategias integrales que combinan la autorregulación de plataformas, el impulso al fact-checking independiente y campañas de sensibilización ciudadana (De Castro Ruano, 2018). Este tipo de iniciativas buscan equilibrar la protección frente a los bulos con la defensa de la libertad de expresión, explorando fórmulas para controlar los contenidos engañosos en la red sin menoscabar los principios democráticos (Pauner-Chulvi, 2018). La responsabilidad institucional, por tanto, implica tanto marcos legales más adaptados al entorno digital como una cooperación activa con medios y entidades verificadoras para frenar la propagación de noticias falsas.

En paralelo, la alfabetización mediática y digital se presenta como una herramienta fundamental para fortalecer la resiliencia social ante la desinformación. A diferencia de enfoques limitados a la enseñanza de habilidades técnicas, la alfabetización mediática propone una formación integral que combine la adquisición de competencias digitales con una dimensión reflexiva sobre la naturaleza de los mensajes y su función social (Loterio-Echeverri et al., 2018; Rey et al., 2017). Se trata de capacitar a los ciudadanos (desde la etapa escolar hasta la formación permanente) para acceder, evaluar críticamente y producir información de manera responsable. Varias iniciativas educativas han incorporado estos contenidos en currículos formales, reconociendo que la escuela y otros espacios formativos deben fomentar la conciencia crítica sobre los entornos digitales y mediáticos (Rey et al., 2017). En términos prácticos, esta alfabetización conlleva enseñar a identificar fuentes fiables, comprender los mecanismos de verificación de hechos y detectar sesgos o intentos de manipulación en los contenidos que circulan por redes sociales y medios de comunicación. De este modo, la educación mediática no solo dota de herramientas para navegar el torrente informativo, sino que pro-

mueve una cultura participativa informada, donde los individuos asumen un rol activo y vigilante frente a la desinformación.

Entre las estrategias específicas orientadas a mejorar la capacidad crítica de los usuarios, destaca el auge del fact-checking y la verificación colaborativa de contenidos. La última década ha visto multiplicarse las experiencias de innovación comunicativa y tecnológica destinadas a combatir la desinformación, desde plataformas de verificación de datos hasta proyectos de periodismo ciudadano enfocados en desmentir bulos (Vázquez-Herrero et al., 2019). Estas iniciativas (más de un centenar en diversos países, según han documentado algunos autores) evidencian un cambio de rumbo en el que la sociedad civil, las organizaciones periodísticas y las startups tecnológicas experimentan con nuevas herramientas de detección y denuncia (Vázquez-Herrero et al., 2019). A nivel ciudadano, también se han promovido campañas y recursos pedagógicos para reforzar las capacidades de filtrado de información. Por ejemplo, se han difundido decálogos y guías prácticas que orientan a los usuarios sobre cómo comprobar la veracidad de noticias sospechosas antes de compartirlas, fomentando así una suerte de «higiene informativa» en la vida cotidiana. Estudios recientes señalan que un porcentaje significativo de la población encuentra noticias falsas de forma habitual (especialmente en periodos electorales) y que, ante ello, aprender a verificar y denunciar contenidos dudosos resulta clave para contener su difusión (Tusa y Durán, 2019). De ahí la relevancia de combinar la formación en pensamiento crítico con la disponibilidad de herramientas accesibles de verificación, de modo que la responsabilidad de frenar los bulos se distribuya entre periodistas, plataformas y también los propios usuarios informados.

Otro enfoque complementario es la llamada alfabetización periodística, que propone acercar al público general los principios y metodologías de la profesión informativa. Autores como Pérez-Tornero, Tallye y Tejedor (2018) plantean que enseñar a la ciudadanía cómo se construye una noticia veraz (desde la contrastación de fuentes hasta la contextualización de los hechos) ayuda a afrontar las noticias falseadas con mayores garantías. Esta línea de acción busca convertir al receptor en un lector activo, capaz de aplicar criterios periodísticos básicos al consumir información: verificar el origen de los datos, identificar el sesgo potencial de un mensaje o reconocer las técnicas de sensacionalismo que pudieran emplearse para manipular emociones. En la práctica, la alfabetización periodística y mediática confluyen en un objetivo común: empoderar al ciudadano para que participe en el ecosistema informativo con conocimiento de causa, reduciendo su vulnerabilidad ante la posverdad. No se trata únicamente de desconfiar sistemáticamente de la información disponible, sino de cultivar una actitud de escrutinio continuo, donde cada individuo asuma parte de la responsabilidad en la detección y freno de la desinformación que circula en su entorno.

En definitiva, las contramedidas frente a la desinformación demandan una implicación conjunta de instituciones, medios, plataformas y ciudadanos, articulando respuestas en múltiples niveles. Las iniciativas de educación mediática deben profundizarse y extenderse, fomentando generaciones de usuarios más críticos y conscientes de cómo operan los flujos informativos en la era digital. Al mismo tiempo, las políticas públicas y la autorregulación tecnológica han de avanzar hacia mayores cotas de transparencia y responsabilidad, atacando las raíces estructurales que permiten prosperar a la desinformación. La literatura especializada insiste en que solo con este enfoque dual (formativo y regulatorio) será posible enfrentar un fenómeno que se ha vuelto funcional al sistema mediático contemporáneo. En palabras de diversos analistas, la solución pasa por buscar métodos para intervenir desde la educación, la regulación y la ética de la tecnología (Ballesteros et al., 2024; Rodríguez-Ferrándiz, 2019), entendiendo que ninguna medida aislada bastará para mitigar un problema tan complejo. Fortalecer la alfabetización digital de la sociedad, promover una cultura de verificación permanente y redefinir las responsabilidades informativas de cada actor implicado constituyen, en conjunto, la estrategia más sólida para preservar la calidad del ecosistema informativo frente a las amenazas de la desinformación.

## 8. Conclusiones

La investigación realizada confirma que la desinformación no es un fenómeno reciente ni aislado, sino un elemento permanente en la evolución de los medios de comunicación. Desde la prensa sensacionalista y la propaganda en la era de los medios de masas hasta el entorno contemporáneo dominado por plataformas digitales, la creación y difusión deliberada de información falsa o engañosa ha acompañado cada transformación tecnológica. Este recorrido histórico muestra que, aunque adopta formas distintas según las condiciones políticas, sociales y técnicas de cada época, la desinformación mantiene su capacidad de influir en la percepción pública.

En primer lugar, la evolución de sus dinámicas evidencia la creciente sofisticación del fenómeno. En los medios tradicionales del siglo XX, la desinformación se manifestó a través de propaganda ideológica y contenidos sensacionalistas que socavaron la credibilidad del periodismo. Con la transición digital y el auge de las redes sociales, estas prácticas se amplificaron exponencialmente: la audiencia pasó de receptora pasiva a emisora activa, impulsando la viralización de bulos y contenidos pseudoinformativos. La inmediatez y ausencia de filtros en plataformas digitales han multiplicado la circulación de noticias falsas y dificultado distinguir lo verdadero de lo falso en el debate público.

Por otra parte, el papel de los algoritmos y la inteligencia artificial ha reconfigurado el ecosistema informativo, dando lugar a la «posverdad algorítmica». La

personalización automatizada de contenidos mediante algoritmos opacos orientados al «engagement» genera burbujas de filtro que refuerzan sesgos y reducen la diversidad informativa. En este entorno, las noticias falsas prosperan al calor de una arquitectura mediática que privilegia lo emotivo sobre lo verificable. Además, la evolución de la inteligencia artificial añade nuevas dimensiones al problema, como la producción de «deepfakes» y otras falsificaciones digitales, dificultando su detección y amplificando el potencial disruptivo de la desinformación.

Frente a la magnitud de este fenómeno, se han articulado respuestas institucionales y educativas para contrarrestarlo. En el plano institucional, se promueven políticas públicas que buscan frenar la difusión de contenidos falaces y exigir transparencia a las plataformas. El periodismo ha reforzado la verificación de datos y la colaboración internacional para detectar y desmentir bulos. La alfabetización mediática y digital es imprescindible para fortalecer la capacidad crítica frente a la desinformación. Estas medidas apuntan a la necesidad de un enfoque integral que abarque tanto la oferta (regulación y tecnología) como la demanda (educación y sensibilización).

En conclusión, el recorrido histórico permite comprender que la difusión de contenidos falseados no es una anomalía contemporánea, sino un fenómeno recurrente que se adapta a cada época y medio. Su persistencia confirma que la desinformación es un componente funcional de los sistemas mediáticos, fruto de tensiones estructurales entre poder, tecnología y conocimiento. Reconocer su carácter multicausal y estructural es clave para superar visiones simplistas centradas en las redes sociales. Afrontarla exige articular políticas comunicativas, regulaciones tecnológicas y esfuerzos educativos de forma coordinada y sostenida. Solo mediante una respuesta multifacética que integre la ética en el diseño algorítmico, la responsabilidad de las instituciones y la capacitación crítica de la ciudadanía podrá mitigar el impacto de la desinformación y salvaguardar el debate público en la era de la posverdad algorítmica. Con ello, pueden considerarse cumplidos los objetivos propuestos en la investigación: la delimitación conceptual de la desinformación, la identificación de sus principales ejes cronológicos y teóricos y la detección de tendencias y vacíos que orientan nuevas líneas de estudio.

## Referencias

Aparici, R., García-Marín, D., y Rincón-Manzano, L. (2019). Noticias falsas, bulos y trending topics. Anatomía y estrategias de la desinformación en el conflicto catalán. En: *El profesional de la información*, Vol. 28, nº 3, 1-17. DOI: <http://dx.doi.org/10.3145/epi.2019.may.13>

Arnau-Sabatés, L. y Sara-Roca, J. (2020). *La revisión de la literatura científica: pautas, procedimientos y criterios de calidad*. Barcelona: Universitat Auntonoma de Barcelona.

Ballesteros Aguayo, L. y Ruiz del Olmo, F. J. (2024). Vídeos falsos y desinformación ante la IA: el deepfake como vehículo de la posverdad. En: *Revista de Ciencias de la Comunicación e Información*, Vol. 29, 1-14. DOI: <http://dx.doi.org/10.35742/rcci.2024.29.e294>

Barredo-Ibáñez, D., De-la-Garza-Montemayor, D. J., Torres-Toukoumidis, Á., y López-López, P. C. (2021). Artificial intelligence, communication, and democracy in Latin America: a review of the cases of Colombia, Ecuador, and Mexico. En: *Profesional de la Información*, Vol. 30, nº 6. DOI: <http://dx.doi.org/10.3145/epi.2021.nov.16>

Clavero, J. A. (2018). Posverdad y exposición selectiva a fake news: algunos ejemplos concretos de Argentina. En: *Contratexto*, Vol. 29, 167-180. DOI: <http://dx.doi.org/10.26439/contratexto2018.n029.1857>

Cover, R. (2022). Deepfake culture: The emergence of audio-video deception as an object of social anxiety and regulation. En: *Continuum*, Vol. 36, nº 4, 609-621. DOI: <http://dx.doi.org/10.1080/10304312.2022.2084039>

De Castro Ruano, J. L. (2018). La desinformación como instrumento político en la Sociedad Internacional actual: las respuestas desde la Unión Europea. En: *Unión Europea Aranzadi*, Vol. 7.

Del-Fresno-García, M. (2019). Desórdenes informativos: sobreexpuestos e infrainformados en la era de la posverdad. En: *El profesional de la información*, Vol. 28, nº 3, e280302. DOI: <http://dx.doi.org/10.3145/epi.2019.may.02>

García-Marín, D. (2020). Infodemia global. Desórdenes informativos, narrativas fake y fact-checking en la crisis de la Covid-19. En: *El profesional de la información*, Vol. 29, nº 4.

Gómez Arriagada, H. F. (2013). Desinformación en Internet y hegemonía en redes sociales. En: *Revista gestión de las personas y la tecnología*, Vol. 16, 39-53.

Guallar, J. (2018). Prensa digital en 2015-2017. Los medios frente a las plataformas tecnológicas. En: *Anuario ThinkEPI*, Vol. 12, 225-229.

Guallar, J., Codina, L., Freixa, P., y Pérez-Montoro, M. (2020). Desinformación, bulos, curación y verificación. Revisión de estudios en Iberoamérica 2017-2020. En: *TELOS: Revista de Estudios Interdisciplinarios en Ciencias Sociales*, Vol. 22, nº 3, 595-613. DOI: <http://dx.doi.org/10.36390/telos223.09>

Guillén-Zanón, Á. (1990). La técnica del grupo nominal. En: *Documentación administrativa*, nº 223, 51-98.

Lobo, S. (2017). Cómo influyen las redes sociales en las elecciones. En: *Nueva Sociedad*, Vol. 269, 40-44.

Lotero-Echeverri, G., Romero-Rodríguez, L. M., y Pérez-Rodríguez, A. (2018). Fact-checking vs. fake news: periodismo de confirmación como recurso de la competencia mediática contra la desinformación. En: *Index.comunicación: Revista científica en el ámbito de la Comunicación Aplicada*, Vol. 8, nº 2, 295-316.

- Mayoral, J., Parratt, S., y Morata, M. (2019). Desinformación, manipulación y credibilidad periodísticas: una perspectiva histórica. En: *Historia y comunicación social*, Vol. 24, nº 2, 395-409. DOI: <http://dx.doi.org/10.5209/hics.66267>
- McNair, B. (2018). *Fake news, falsehood, fabrication, and fantasy in journalism*. Londres: Routledge.
- Parra Valero, P. y Oliveira, L. (2018). Fake news: una revisión sistemática de la literatura. En: *Observatorio Special Issue*, Vol. 12. 54-78.
- Pauner-Chulvi, C. (2018). Noticias falsas y libertad de expresión e información: el control de los contenidos informativos en la red. En: *Teoría y realidad constitucional*, Vol. 41. 297-318. DOI: <http://dx.doi.org/10.5944/trc.41.2018.22123>
- Pérez, A. (2013). Manuel Chaves Nogales, periodista. En: *Anagramas: Rumbos y sentidos de la comunicación*, Vol. 11, nº 22, 131-144. DOI: <http://dx.doi.org/10.22395/anqr.v11n22a7>
- Pérez-Curiel, C. y García-Gordillo, M. (2018). Política de influencia y tendencias fake en Twitter: efectos postelectorales en el marco del proceso en Cataluña. En: *El profesional de la información*, Vol. 27, nº 5, 1030-1040. DOI: <http://dx.doi.org/10.3145/epi.2018.sep.07>
- Pérez-Tornero, J. M., Tallyie, S. S., y Tejedor, S. (2018). ¿Cómo afrontar las noticias falseadas mediante la alfabetización periodística? Estado de la cuestión. En: *Doxa Comunicación*, Vol. 26, 211-235. DOI: <http://dx.doi.org/10.31921/doxacom.n26a10>
- Rey, J., Hernández-Santaolalla, V., Silva-Vera, F., y Meandro-Fraile, E. 2017. Alfabetización mediática y discurso publicitario en tres centros escolares de Guayaquil. En: *Convergencia*, nº 74, 187-207. DOI: <http://dx.doi.org/10.29101/crcs.v0i74.4388>
- Rodríguez-Ferrándiz, R. (2019). Posverdad y fake news en comunicación política: breve genealogía. En: *El profesional de la información*, Vol. 28, nº 3, e280314. DOI: <http://dx.doi.org/10.3145/epi.2019.may.14>
- Sancho, R. (1990). Indicadores bibliométricos utilizados en la evaluación de la ciencia y la tecnología. Revisión bibliográfica. En: *Revista española de documentación científica*, Vol. 13, nº 3-4., 77-106.
- Tusa, F. y Durán, M. (2019). La era de la desinformación y de las noticias falsas en el ambiente político ecuatoriano de transición: un análisis de caso. En: *#PerDebate*, Vol. 3, 18-41.
- Vázquez-Herrero, J., Vizoso, A., y López García, X. (2019). Technological and communicative innovation to fight misinformation: 135 experiences for a change of direction. En: *El profesional de la información*, Vol. 28, nº 3, e280301.
- Xiao, Y. y Watson, M. (2019). Guidance on conducting a systematic literature review. En: *Journal of planning education and research*, Vol. 39, nº 1, 93-112. DOI: <http://dx.doi.org/10.1177/0739456X17723971>

